

Comentario de textos. Curso de acceso directo. Gu número 6. *Crónica del Alba*. Ramón J. Sender. Yo no podía creer lo que estaba oyendo, pero sabía que era verdad. La miseria es humana y es más frecuente que la grandeza. Nunca me había hecho yo demasiadas ilusiones sobre los hombres, ni siquiera sobre los de mi cuerda. En este pensamiento del protagonista de *Crónica del Alba*, Pepe Garcet, está encerrado el secreto de este texto. Es un texto sencillo y su intención es clara. Por eso mismo debemos rehuir la tendencia a buscarle intenciones demasiado profundas o metafísicas. Sender escribe a menudo palabras sin vueltas. Dice lo que piensa directamente, aun cuando en ocasiones lo matice con cierta ironía o tienda a la representación simbólica de la realidad. Pero en estas líneas que acabamos de escuchar hay una clara intención. Pepe Garcés niega que el hombre sea grande más veces que miserable. Y sin embargo, atención, la anécdota que relata es precisamente una anécdota magnífica sobre un acto de valor y de sacrificio. En definitiva, sobre una de esas escasas manifestaciones de la grandeza humana.

El texto que presenta tal anécdota pertenece a un gran libro de Sender. Se trata de *Crónica del Alba*, que apareció tal como ahora lo conocemos en los años 1965 y 1966. Está compuesto de nueve novelas cortas o nueve libros o cuadernos. Fue escrito por Sender bajo la ficción de que se trataba de una reproducción de papeles de un oficial republicano internado en el campo de concentración de Argel tras la guerra civil española. Es una apretada síntesis de la intrahistoria española durante las tres primeras décadas del siglo XX español. Pues bien, este texto pertenece concretamente a los de esos libros titulado *La orilla donde los locos sonríen*. La acción transcurre a lo largo de la primera semana de la guerra del 36. El protagonista de este libro, como de los demás, es Pepe Garcés, que en este caso se da a sí mismo el falso nombre de Ramón Urgel por eludir una posible represalia por parte del ejército o la policía del bando suvado contra la República. Pepe Garcés, en medio de la confusión del primer día de la guerra, es llevado a Burgos por una patrulla nacional mientras espera a que se arregle su escucha en las oficinas de la Policía Nacional el interrogatorio de dos sindicalistas socialistas que se niegan a declarar el emplazamiento de un depósito de armas. Este es el momento exacto que hemos escogido para

comentar. Un texto que cierra la anécdota en el momento en que hemos interrumpido su transcripción.

Se trata, por lo tanto, de una acción viva narrada en presentes sin excesivas complicaciones técnicas, sin demasiados aceites literarios, sin retoques que le den un desmesurado alcance. Es una anécdota de guerra expuesta con sencillez que impresiona por sí misma y hay que insistir en que la vida que salta de la propia situación, el trozo de vida que se nos relata no va presentado con demasiados alardes de siarritismo. Está narrado, como nos dice el propio Sender, **en la orilla de lo literario y no exactamente dentro de la expresión literaria convencional.**

Este tono de Sender es algo muy habitual en él. En varias ocasiones se le ha acusado de escribir mal. Desde luego, en esta afirmación hay una intención de desacreditarle por cierta ceguera que consiste anteponer los criterios políticos a cualquier consideración técnica o estética. Hay también en esta afirmación algo de esa tendencia a creer que literatura es solo lo refinado, lo depurado, lo estéticamente impecable. Sí, es cierto. Sender fue un hombre políticamente confuso y precisamente por sus actitudes políticas ha sido denigrado en todos los órdenes. Fue hombre cercano al comunismo en alguna época y luego uno de sus enemigos más enconados. Fue y ha sido siempre un hombre cercano a posición teóricas y vitales del anarquismo. Mantiene cierta ambigüedad subrayada por su espíritu irónico y socarrón en los momentos actuales.

Pero no se puede elaborar un criterio sobre él basado únicamente en etiquetas políticas. Su literatura es, aparte de muy abundante, un fenómeno de repercusión muy seria en todo el mundo. Es posiblemente uno de los narradores más dotados de estos últimos 40 años. Posiblemente, desde luego, como novelista sabe cumplir su oficio un especialista en cuestiones senderianas, Marcelino Peñuelas ha sabido centrar la situación. Creo que habréis traído el librito de Peñuelas para citar sus juicios. Sí, sí, aquí lo tengo.

Se trata de la obra narrativa de Ramón J. Sender. En él dice que **Sender escribe con cierto descuido, que no revisa muchas de sus novelas, que admite anglicismos y errores sintácticos, que se asemeja a Pío Baroja en muchos de estos aspectos.** Y concluye, Sender, como se ha dicho y repetido,

es un narrador nato. Como tiene tantas cosas que decir, va directamente a lo esencial, despreocupándose de lo que considera accesorio, es decir, de la extremada atención a la forma. En efecto, ritmo narrativo y problemas de estructura son la principal preocupación de Sender. Y para demostrarlo nada mejor que este texto. Atendemos a estos aspectos de estructuración y nos encontramos con que el pulso narrativo de Sender sabe calibrar perfectamente en este texto la materia que nos da. Es una condición básica en el buen narrador, la dosificación. En este texto concreto podríamos distinguir tres apartados. El primer apartado comprende desde el comienzo del texto en que el llamado archicomisario y el agente vuelven a la estancia donde se encuentran los presos para continuar el interrogatorio y llega hasta el momento en que uno de los presos es sacado de la estancia a petición del primero. Una presentación de la situación que vamos a vivir breve y pautada por dos párrafos en los que el narrador toma la palabra.

El segundo apartado es el que lleva todo el peso de la anécdota. Comienza con las intimaciones del llamado archicomisario para que el preso hable, y termina con el sonido del disparo que pone fin a la vida del preso sacado de la estancia. Es el nudo de la anécdota y su final, la transición al brevísimo apartado tercero es un párrafo desde la perspectiva del narrador prolongado con intención de crear cierto suspense ante el sorprendente desenlace. El tercer apartado está compuesto apenas de seis líneas. Es simplemente el desenlace, el momento brevemente expuesto y condensadamente emocionante del sacrificio heroico del sindicalista que ha quedado vivo.

Con estas sabe Sender captar nuestra atención y expresar sintética y vigorosamente una intención. Presentación interrogatorio y exigencia de uno de los presos para que el otro no esté presente y así declarado. Nudo. La exigencia se hace terrible. Que el otro preso sea fusilado para que no sea un peligro, una denuncia. La nueva exigencia se cumple y el narrador teme las consecuencias de esta brutalidad. Desenlace. El preso vivo se niega a declarar y da a entender que ya nadie podrá conocer el emplazamiento de las armas, pues el secreto se irá con él al mismo lugar a donde acaba de ir el otro preso. Hay que observar, además, cómo Sender desarrolla esta estructura. Se vale de la alternancia entre diálogos en estilo directo y algunas anotaciones del narrador Pepe Garcés, que

lo escucha todo en una estancia contigua. Con este elemental montaje de diálogo, narración, reflexiones del narrador, Sender tiene bastante para su trozo de vida y sin embargo, la sencillez de estos recursos no es para el logro de una emoción. En las primeras líneas, tras una sobria presentación tenemos un recurso insistente del texto, la repetición. El preso que lleva la iniciativa pide que se lleven al otro, que se lleven a ese en el sistema pronominal del español o con más precisión en el sistema de los demostrativos, el sustituto del nombre *ese* se refiere a alejamiento espacial medio frente a *este* cercanía y *aquel* lejanía. Como no es este el caso, ya que en la estancia se suponen relativamente cercanos a ambos presos, hay que pensar en un elemento de alteración. Este elemento de alteración es de índole psicológica. El preso subraya nada menos que tres veces que se lleven a ese hasta el punto de que el llamado archicomisario acusa este tratamiento anómalo o desceptivo y ejerce una función lingüística que podríamos llamar metalingüística. ¿A quién? ¿A tu compañero? Es decir, intenta, por así decirlo, traducir la expresión inhabitual del preso.

Hay Por otra parte, en Sender una notable habilidad en el tratamiento de sus personajes. Sabe deslindarlos por sus expresiones y sus actos y trazar la línea psicológica de cada uno, ya sea en la actitud circunstancial que adopta cada uno de ellos, ya en su carácter habitual. En esto tiene Sender una notable cercanía con el teatro. Este texto y muchos otros capítulos de la *Crónica del Alba* están cercanos a la dramatización y son testimonios del escaso respeto y alto rendimiento de este escaso respeto que Sender tiene por las normas literarias rígidas, hasta el punto de que en más de una ocasión se ha adelantado a lo que hoy se consideran grandes descubrimientos de la novela experimental o de la antinovela. Para concretar esta idea, podemos ver los dos personajes fundamentales, prácticamente los únicos del texto. El preso está jugando una carta en la que ha de calibrar bien la naturalidad y el cinismo. Se muestra atemorizado, indignado o miserable, sin exagerar el tono, puesto que se está jugando un ideal más que la vida. Protesta por el trato que reciben ambos presos. Finge desprecio hacia su compañero. Gana tiempo con preguntas diversas. Procura no desvelar toda su idea en un momento y argumenta en favor de su actitud cobarde. Con esta dos actitudes, Sender nos da a entender que estamos ante un hombre atenazado por el miedo y en un segundo momento, al dársele

a su anécdota, que estábamos ante un hombre valiente y calculador. Y estos sin excesivos contrapuntos del narrador, sino por la fuerza de los propios hechos y de las propias palabras. Por su parte, el archicomisario, que es la humorística denominación que le aplica Sender, se comporta como un policía prototípico. Hay en él cierta mezcla de petulancia. Tengo autoridad para eso y para más. De paternalismo tendente a ganarse la confianza del interrogado. ¿Te impresiona? Lo comprendo. Eres un hombre como los otros y miras por tu propio bien. Toda esa insistencia en afirmar que comprende al preso. Hay en él la ciega disciplina del funcionario. A ti te pasa algo de lo que me pasa a mí entre mi propia gente. Salvadas las distancias. Claro es que ante todo soy un funcionario disciplinado. Hay en él también la faceta dura, amenazante. No hay nada mejor que la vida y solo tenemos una. Vamos, habla. En una ocasión teñida de un escalofriante cinismo, cuando se refiere a la ejecución del preso aplicándole una **ley de fugas o ejecución por intento de evasión que permite asesinar impunemente a un preso** cuando se desea, bajo la excusa de que ha intentado evadirse.

Y en esta relación, el discreto apunte de tratamientos entre archicomisario y preso. Tuteo por parte de aquel y un respetuoso usted por parte del preso. El diálogo mantenido por ambos personajes carga con el peso de toda la anécdota. Es un diálogo que no ofrece falsedades o amañamientos, estilo coloquial bruto, sin retoque. La misma insistencia del preso, obseso por algunas ideas, eh, que se lleven a ese demeua, tienen que cargárselo al otro, forma parte del coloquio habitual. Determinado expresiones vulgares o familiares sin exceso de tipismo del que pecan otros novelistas españoles de posguerra. De perdidos al río he cantado, sacarán la verdad. Si no se lo cargan, yo no me sentiré seguro. Digo, para hablar. No me fío ni de mi padre. Usted comprende. Por último, están las intervenciones del narrador. Unas hacen avanzar la acción, son las de la presentación. Los dos volvieron al cuarto, la salida del preso. Algunas similares a las del teatro que van entre paréntesis y en letra bastardilla en el original, la ejecución del preso. Otras se refieren a meditaciones del propio protagonista de la novela, Pepe Garcés o Ramón Urgel, como se hace llamar circunstancialmente. En ambos tipos de intervenciones se destaca un peculiar sentido del humor, que es el mismo que el propio Sender despliega en la vida real. Un gusto por lo grotesco teñido de ironía, a veces matizado por cierta

ternura. Así, la salida del preso que es como un autómatas al que le faltara una rueda, imagen viva de la locura y de los efectos de una tortura despiadada. En otra ocasión, sirve para ser portador de un enorme contraste con lo que sucede en este cuartel comisaría. El narrador leyendo al humorista Grilly se encuentra ante una ridícula y grotesca situación en la novela que sostiene entre las manos. En el patio se oyen dos tiros que acaban con la vida de un hombre.

Y en otras dos ocasiones se revela el pulso narrador de Senders. Cuando este sabe ser fiel a la realidad, y confiesa que no oye toda la conversación, que hay cosas que no entiende bien, no pretende reproducir todo el diálogo, utiliza ese recurso para dar una sensación viva, real. La última ocasión verdaderamente conseguida es el contraste establecido entre la desilusión y escepticismo de Ramón Urgel. No podía hacerme ilusiones ni siquiera sobre los hombres de mi cuerda y la lección de heroísmo y valentía del sindicalista socialista que sacrifica su vida y la de un compañero por mantener un secreto ante el enemigo. Así, la anécdota sobria, narrada con justeza, casi con laísmo, cobra su sentido más alto y así se hace una trascendente confesión de fe en el género humano.